

18

¿Hacia dónde volvernos?

Oración de petición, intercesión y escucha

Si se ha abandonado el axioma de los dos mundos y por ende uno no se sigue imaginando a Dios como si estuviera sentado en un trono muy por encima de nuestra realidad terrena, la oración de petición y con ella también la posibilidad de ser escuchados corren el peligro de desaparecer. Pues ambas parecen estar indisolublemente unidas con aquella representación. Suponen otro mundo distinto, desde donde debería intervenir Dios-en-las-alturas, o un ángel, o un santo a favor del suplicante para concederle graciosamente lo que éste no puede conseguir por sí mismo. Para obtener esta intervención graciosa, la persona envía peticiones o reclamos hacia arriba, ocupando en ello, si es necesario, mucho tiempo y con gran ahínco. A menudo apoya sus súplicas con regalos, ofrecidos inmediatamente o prometidos para más tarde, no raras veces a condición de haber sido escuchado. Esto significa que ofrece sacrificios o hace un voto para el caso de que sea escuchado. Si se le concede de veras lo esperado y ansiosamente pedido, saca la conclusión de que en ese mundo distinto se ha prestado atención a su súplica y se ha escuchado su oración.

Una herencia de nuestra niñez

Este esquema se parece al comportamiento que conocemos demasiado bien en el diario vivir. Alguien está en plena desazón, sin ver ninguna salida, pero tiene casualmente un amigo o un conocido que puede ayudarle o que va a resolverle el asunto del que no sabe la solución. Seguramente le expondrá su quemante situación y le pedirá

ayuda. Ya el bebé desde la cuna ha aprendido que puede así salvarse de dificultades. Desamparado y necesitado de ayuda, señala su necesidad con fuerte llanto, y sus padres se apresuran en ver lo que pasa para darle al pequeño lo que parece necesitar. Nuestros padres siguen jugando este papel del *deus ex machina* –divinidad traída de lo alto por una grúa– que soluciona nuestros problemas en lugar nuestro, incluso largo tiempo después de que ya hemos dejado de ser bebés. A ojos del niño pequeño, siguen siendo seres poderosos y siempre listos para correr en su ayuda.

En la oración de petición, casi todo recuerda este tipo de relaciones, de tal manera que no parece muy errado sospechar que hay allí algo de herencia de nuestra niñez. Sólo que son ahora poderes del otro mundo quienes asumen el papel de los padres. Es muy decidora la manera de hablar de Dios como de nuestro padre todopoderoso, y de la madre de Jesús como de nuestra madre María bajo cuyo manto uno puede refugiarse. Uno se porta frente a él o ella como un niño desamparado que pide lo que necesita porque es impotente, o se imagina serlo en lo que se refiere a conseguir lo que necesita.

Esta representación heterónoma nos es tan familiar, que no vemos las dificultades que plantea a un espíritu crítico. Pues si Dios nos ama de veras y sabe mejor que nosotros mismos lo que necesitamos (como Jesús dice en Mt 6, 32), entonces, ¿por qué debemos seguir pidiéndoselo? La oración de petición, ¿no es entonces más bien un signo de que nos falta confianza? ¿Y sabemos mejor que Dios lo que realmente necesitamos, y estamos seguros de que nuestras peticiones no expresan necesidades aparentes o incluso deseos peligrosos o dañinos? ¿O queremos torcerle la mano a Dios o hacerle cambiar de idea?

En el capítulo 15, al criticar los cultos sacrificiales se ha puesto en evidencia la contradicción interna de tales ensayos. Pues si Dios no pensaba en darnos lo que quisiéramos recibir de él, por ejemplo, porque nos podría traer más daños que ventajas, ¿podríamos esperar todavía que nuestra insistencia y nuestros regalos vayan a moverlo a concedernos aquello sin tomar en cuenta lo que resulta más razonable? Una representación tan antropomórfica de Dios recuerda demasiado la imagen de padres dadivosos y malos pedagogos o la venalidad de los poderosos. Tales modelos de pensamiento no ayudan para expresar algo sensato sobre el misterio original de Dios y su relación con nosotros. A esto se agrega la escasa probabilidad estadística de la así llamada oración escuchada. Cuántos miles de enfermos hacen cada año la peregrinación a Lourdes, Fatima, Medjugorje o Padre Pio en busca de salud, y cuán pocos vuelven sanos. Puede que vuelvan consolados, pero no sanos. La escasa frecuencia de los casos parece

dar la razón a quienes opinan que el verdadero nombre de lo que los orantes llaman «oración escuchada» es el de «casualidad».

Por supuesto que, desde el momento en que uno se despidió de la heteronomía, nada queda en pie de la idea tradicional de la oración de petición. Porque, si no hay otro mundo todopoderoso, tampoco tiene sentido dirigirle oraciones a una omnipotencia que se hallase supuestamente allí, para que nos ayude. Igual que mandarle un correo electrónico a una persona que está en la luna. La posibilidad de tal ayuda se diluye en el aire junto con aquel mundo que se ha vuelto ilusorio, igual que las oraciones escuchadas.

Además, la autonomía del cosmos significa que no hay nada que cambiar en la concatenación física de causa con efecto. Cuando se abre la compuerta de las bombas en el avión, está ya determinado de manera inmutable dónde tiene que caer exactamente cada una de las bombas. Este punto preciso viene determinado por la altura que lleva el avión, el peso y la forma de la bomba, la fuerza y dirección del viento, la presión atmosférica del momento y una serie de otros factores. Ni siquiera un ángel enviado con rapidez podría cambiar algo de todo ello. La despedida de la idea tradicional de la oración de petición aparta de un solo golpe todos los problemas con los que el espíritu crítico la molesta.

Sí o no para la oración de petición

Pero, ¿cómo es que el siglo XXI va a saber más que miles de años de experiencias humanas? Pues la oración de petición es parte esencial de todas las religiones y la experiencia que se ha tenido de ella durante siglos debió tener mucho sentido, pese al escaso número de oraciones escuchadas. Y, ¿qué hacemos nosotros cristianos con las advertencias de Jesús sobre la seriedad de la oración de petición y la necesidad de usar intensamente de ella? Estas dos preguntas están planteadas correctamente sólo si se abstrae del hecho que en todo el pasado siempre se ha tomado como punto de partida el axioma heterónimo, de lo cual también participó el propio Jesús. Pero las mismas preguntas dejan de tener peso apenas uno se traslada al axioma de la modernidad. Por lo demás, las dudas recién expresadas se refieren sólo a la interpretación heterónoma, no a la práctica misma. Hemos de tratar de conservar en una perspectiva teonómica las ricas experiencias que la humanidad ha hecho con la oración de petición, lo mismo que con el fenómeno llamado de la oración escuchada. La perspectiva o representación teonómica recortará primero las excrecencias infantiles de la oración de petición, pues las hay en gran número, como la de invocar a San Antonio cuando se ha perdido una llave, o la idea mágica de que hay oraciones garantizadas con el éxito,

o que algunos números o repeticiones-como el número nueve en el caso de las novenas, o el treinta en las misas llamadas gregorianas-prometen una especial eficacia.

Esta interpretación teonómica parte del supuesto de que hay en nosotros una precariedad profunda la que nos pone en movimiento hacia lo que todavía no está presente, esto es, la plenitud. Formulándolo en términos cristianos, esto significa que estamos hechos para llegar a ser uno con el milagro divino original que es la plenitud de todas las cosas, de tal manera que lo único que puede satisfacer nuestra precariedad fundamental es llegar a esta unión. Mientras vivimos enajenados de nuestro fundamento divino –lo que en el lenguaje de la tradición se llama pecaminosidad, y necesidad esencial en el lenguaje teonómico– el estado de privación mantiene vivo nuestro deseo de plenitud. Y como no está en nuestro poder encontrarnos con este polo que atrae nuestro ser, tenemos que echar mano de oración y pedidos de ayuda. Estos brotan espontáneamente de la necesidad e impotencia que experimentamos dolorosamente. Sólo que tenemos que hacernos conscientes de que allí sucede algo distinto de lo que nos imaginábamos desde nuestra niñez.

No existe Otro que esté en alguna parte allá arriba, a quien podamos motivar para que haga algo por nosotros. Se trata más bien de que ese Otro nos está atrayendo y moviendo hacia él desde siempre. Esta atracción es idéntica con nuestro deseo, sólo que mirado desde el polo opuesto. Actualizar nuestra necesidad, en el sentido de que nos volvemos a Dios con peticiones, lo que hace es no sólo reforzar nuestro deseo, sino que Dios nos penetra aún más hondo. Pues cuanto más nos abramos en el deseo, tanto más Dios puede llenarnos. El *horror al vacío* en la física es algo que se da también de alguna manera aquí. Igual como el aire llena automáticamente cada hueco vacío, así también, cuanto más nos vaciamos de nosotros mismos, más nos llena el Dios que todo lo completa. Y nos vaciamos de nosotros mismos en la medida en que, movidos por nuestra necesidad esencial, salimos de nuestro yo y pedimos encontrarnos con él.

Esto significa que somos escuchados siempre que pedimos por este encuentro, pues tal petición es ya la realización iniciada de ese encuentro. Esto coincide con la palabra de Jesús en Lucas 11,13, que Dios va a dar su espíritu bueno sin ninguna duda a quien se lo pida. Este llegar a unirse con Dios es por otra parte lo único que puede ser realmente objeto de nuestro deseo y que por tanto merece ser el objeto de nuestra petición, puesto que estamos destinados para ese encuentro. Lo hemos alcanzado hasta ahora de manera muy insuficiente, lo que explica nuestra insatisfacción. Y esta experiencia de hacerse consciente en la forma de la petición nos abre a la plenitud.

¿Puede la oración de petición cambiar el curso de los acontecimientos?

Pero, ¿siguen siendo válidas estas consideraciones tan sublimes cuando estamos pidiendo cosas bien distintas, tangibles y útiles, como la salud, la salvación en peligro de muerte, un puesto de trabajo, buen tiempo, éxito? ¿No se sumerge uno entonces en las arenas movedizas de los problemas y contradicciones ya nombrados? A menudo sí, pero no necesariamente. Pues, mirándolas más de cerca, ¿qué son esas cosas buenas que se están pidiendo? Concreciones limitadas de aquel bien absoluto, y ellas nos pertenecen tanto más cuanto se vinculan más estrechamente con nuestra humanización y por tanto con una existencia humanamente digna. No se puede comparar la petición de buen tiempo para una excursión, con la de la lluvia para que la sequía no aniquile la cosecha. Lo primero encarna menos el bien absoluto que lo segundo.

Tal vez sea posible representarse de la manera siguiente el proceso interior en esta forma de oración de petición. La insatisfacción con nuestra carencia en las capas profundas de nuestro ser despierta insatisfacción con todo lo que todavía es carencia en nosotros, tanto corporal como físicamente. Queremos ser felices y no podemos dejar de quererlo. De esta manera, nuestro impulso por salir de esta miseria fundamental se disfraza como deseo de liberarse de toda forma de dolor y miseria. Y este deseo se expresa en la forma de petición de cosas muy tangibles. En el fondo, estamos buscando también una plenitud que sólo vamos a tener cuando estemos unidos con el absoluto. Pero no somos conscientes de aquella necesidad más profunda. Por ello caemos con más fuerza en la ilusión de que nuestra salvación consiste en la satisfacción de nuestras necesidades psíquicas y corporales. Sin embargo, aun entonces, resuena en tales peticiones un eco, aunque débil, de nuestro deseo de aquella satisfacción más profunda. Y cada uno de esos deseos es satisfecho en la medida de su verdad.

Pero si hablamos de petición escuchada en el orden más material, hay que buscarla justamente allí. Porque con nuestra petición de que nuestras necesidades más superficiales fuesen satisfechas, buscábamos en el fondo esta satisfacción más profunda. La respuesta a esta petición -o la señal de que ella ha sido escuchada- puede tomar la forma de entrega, sosiego, quizás hasta de paz. Pero puede manifestarse también de otras formas. Dado que somos una unidad inseparable de espíritu y materia, es posible que aquella experiencia psíquicamente bienhechora penetre hasta el nivel corporal, que está tan íntimamente unido con la psiquis y que se manifieste también allí de una manera saludable, produciendo una curación. La ciencia no tiene problemas con ello. La influencia en las situaciones orgánicas median-

te la psiquis es objeto de la medicina psicosomática. Las curaciones extraordinarias en lugares como Lourdes podrían explicarse así. Por lo demás -y ésta es una idea muy razonable de Aldous Huxley-, puede ser que una actividad espiritual dirigida a Dios por millones de seres humanos carguen un vecindario con una energía espiritual que tenga su eficacia psíquica en peregrinaciones, y mediante ello logren realizar un bienestar corporal.

¿Es esto valedero también en el caso de orar por otras personas?

Podemos dar entonces un paso más. Ningún ser es una isla separada del resto del cosmos. Todo está vinculado con todo, la realidad cósmica es una *worldwide web*, una red tan ancha como el mundo, inimaginablemente más rica y compleja que la de internet. Lo que sucede en una persona, chorrea hacia todos los demás e incluso puede tener influencia en el mundo material, pues éste es algo más que puramente material. Es la forma inicial como aparece una realidad que todo lo contiene y vincula y mueve cada parte y partícula. Esto es precisamente lo que confesamos cuando hablamos de la creación.

Esto da sentido a pedir algo también para los demás. Aquí es donde adquieren su responsabilidad las peticiones en las liturgias. En la mayoría de las liturgias dominicales se han petrificado, como ritos muertos. Antes de que la comunidad haya escuchado qué necesidad está siendo presentada ante Dios, se ha pronunciado ya la fórmula de la respuesta. A menudo falta hasta el deseo de que algo se haga respecto a la necesidad indicada. Pero este vaciamiento de la práctica de la oración de petición no disminuye en nada el sentido de la práctica misma. Pues, ¿qué sucede en el fondo cuando pedimos sinceramente por otros? El deseo que tenemos de que otros obtengan salud es obra de Dios en nosotros y nos abre, en la medida de la seriedad de nuestra oración, a acoger el torrente de energía creadora. Cuanto más unidos estemos con un prójimo, somos mejores conductores de esta corriente de energía. Por ello no es extraño que esa energía creadora pueda efectuar algún cambio también fuera de nosotros.

Pero, ¿por qué suceden tales cambios tan rara vez, que parecen más bien fruto de la casualidad que de la oración de petición, ni -menos- señal de que ésta haya sido escuchada? En el esquema heterónomo de pensamiento se halla una salida en el recurso al insondable pero sabio poder de Dios. Dios habría querido desde toda la eternidad que un enfermo recobre de pronto la salud y no el de la cama del lado. Y la voluntad de Dios es siempre lo mejor. La apelación a la oscuridad inescrutable de las decisiones divinas es algo típico de un pensamiento heterónomo que no tiene reparos en

trasladar a Dios la arbitrariedad de un de un potentado humano nada de democrático. Más honesto sería decir que uno no lo sabe. Para un pensamiento teonómico el problema no es menor, pero tal vez se puede pensar en una respuesta algo menos decepcionante, como la siguiente: la penetración de la energía sanadora hasta el organismo va a encontrar menos resistencia en la constitución corporal de unos que de otros. Esto puede atribuirse a la coincidencia de factores casuales. La salud recobrada no es el resultado de la casualidad, sino de la energía creadora que dimana de Dios y penetra al universo. Mirando así las cosas, se ve que los dichos de Jesús en Mt 7, 7-11 o Lc 11, 9 no han perdido fuerza ni actualidad, cuando exhorta a insistir en la oración o reafirma la seguridad de que será escuchada. Es cierto que su idea está muy acuñada en la cultura de la que él mismo participaba, completamente heterónoma. Pero sus palabras eran sostenidas por una experiencia personal de que la oración de petición era saludable. La persona que piensa en términos teonómicos puede hacer la misma experiencia hoy, pero las representaciones asociadas serán entonces completamente distintas.

Oración de petición al cuadrado

La tradición católica no sólo está llena de oración de petición, sino también de intercesión y mediación. El “ruega por nosotros” suena como un motivo obstinado en el concierto de plegarias eclesiásticas. Se dirige a intercesores masculinos y femeninos de toda especie, cuya mediación es esperada por parte del orante en los ensayos de éste por obtener algo de Dios. Esta práctica les parece a todos algo completamente normal, porque es llevada a cabo desde tiempos inmemoriales, pero al mirarla más de cerca, despierta algunas prevenciones. Pues la intercesión es una práctica o abuso bien conocido en la política, el derecho y la vida social. Mucho más en el pasado que hoy día, en cuanto que todo dependía antes de la voluntad o del ánimo del potentado, quien sesionaba en un trono elevadísimo e inalcanzable, de tal manera que un mortal corriente no podía abrigar ninguna esperanza de llegar hasta él ni de obtener algo de él. Pero si se tenía la dicha de estar en buena relación con alguien del entorno del señor, y si se tenía éxito en ganarlo como intercesor, se había ganado la mitad de la batalla. Estas experiencias de proyectaron luego sin crítica desde el dominio humano hacia arriba, hacia la corte divina. A Dios se lo dibujó con los rasgos de un príncipe sentado en su trono por encima de los pequeños seres humanos. Estos pequeños seres humanos tenían que temer haberse vuelto *personas non gratas* por su comportamiento culpable. Todo cambiaba si encontraban un mediador o abogado que defendiera sus intereses frente al príncipe.

Por suerte existen tales mediadores y abogados, y muchísimos de ellos resultan fácilmente accesibles.

En primer lugar, la Madre de Dios, la cual debería tener no poca influencia ante un Dios paternal y estricto. No importaba el hecho de que para la Sagrada Escritura no fuera reconocida ella, sino Jesús, como el único mediador. Una madre es siempre más maternal que un salvador, y por ello más apta para ponerse entre medio. A la larga se llegó a olvidar que ella era sólo una persona intermediaria y no la dadora inmediata de la gracia que se pedía. El incansable «ruega por nosotros» fue sonando poco a poco y de manera desapercibida como un «haznos el regalo». Ella se convertía en la dadora, y a ella se le agradecía luego el regalo, en vez de la mediación. Y esto sucedía no sólo con la Madre de Dios, sino que pasaba lo mismo con los santos de devoción y los patronos de ayudas especiales. En realidad se prosiguió con aquello que era lo más normal del mundo antes del cristianismo: que se le pedía ayuda a una de las deidades y se trataba de recibir de él o de ella algo que estuviera dentro de su dominio. Estas deidades no necesitaban hacer llegar tales súplicas hasta Zeus, Júpiter o Wotan. Se las miraba como capaces de actuar por iniciativa propia. De ahí que era muy importante tenerlas como amigas. Esto no cambió después de que los santos los reemplazaron tomando sus roles y se instalaron como fuentes intercesoras. Eso explica, en gran medida, el prestigio de los santos y de la veneración de las reliquias en la antigüedad.

¿Lex orandi, lex credendi?

Es claro que esta forma de piedad medieval no podía remitirse ni a la práctica de la Iglesia primitiva ni a su forma de confesar la fe. Pero esto no molestaba para nada a los piadosos. Y Roma dejó que creciera lo que creció. Los primeros documentos de la jerarquía que nombran y alaban la intercesión de los santos datan del fin del primer milenio y aprueban o refuerzan oficialmente lo que era costumbre incuestionada de siglos. Pareciera que no le molestaba a la dirección de la Iglesia el hecho de que esta costumbre abundaba en representaciones extrañas al evangelio. La intercesión de los santos no falta desde entonces nunca en las oraciones litúrgicas.

Pero esta forma de oración, o *lex orandi*, no es norma de fe, o *lex credendi*, para quien piensa teonómicamente. Contradice de hecho los dichos del evangelio sobre nuestra relación con Dios. Jesús no conoce a Dios como una persona que está sentada en un alto trono y a quien uno pudiera dirigirse sólo a través de intermediarios cercanos a él para que la súplica tenga alguna esperanza de ser escuchada... La experiencia de Dios que tiene Jesús es completamente

distinta. Ésta le había dado la certeza de que la relación entre Dios y nosotros se asemeja más bien a la de un padre con sus hijos que a la de un príncipe con sus súbditos. Y ¿en qué familia unida se necesita un intermediario para recibir algo del padre?

Pero hay más críticas que hacer valer en contra del recurso a intercesores. Primero, como ya hemos insinuado, que la intercesión se ha vuelto sospechosa en una cultura democrática, porque huele a favoritismo injusto y a nepotismo económico. Segundo, que la inclusión de intercesión en nuestra relación con Dios es un producto puro de una manera heterónoma de pensar. Vuelve aquí, pero elevada a la segunda potencia, la crítica expresada más arriba frente a la figura tradicional de la oración de petición. No sólo se está buscando a Dios en algún otro mundo de arriba, y esto a la manera muy antropomórfica de una señor inaccesible, sino que se piensa al santo como quien estuviera allí en su casa y recibiera encargos del Dios que allí habita. Pero, ¿por qué se ha de seguir necesitando un intercesor si Dios es el amor original que penetra con su espíritu el universo entero y trata de crecer en cada ser humano?

Si no hay ya intercesores, ¿entonces qué?

Loa santos han debido siempre su éxito en la piedad popular a su papel de intercesores. Cayó en el olvido el que ellos no eran más que representantes de la empresa celestial, y la gente se dirigió a ellos como si fueran semidioses donantes de la gracia esperada. Esto exaltaba en buena manera su importancia y la de sus restos mortales, llamados reliquias. Estas últimas eran como los hilos que vinculaban la vida de aquí abajo con el poder del dadivoso donante de allá arriba. Se llegó a luchar, literalmente con las armas, por algunas de estas reliquias, pues se las consideraba habitadas por un poder creador cuasi mágico. Venerarlas y tocarlas era algo que podía hacer fluir hacia uno la energía sobrenatural con la que estaban cargadas. Y se esperaba convertir esta energía en una ganancia tangible. No es extraño entonces que la veneración de las reliquias haya gozado de un éxito indiscutido durante tan largo tiempo. En un tiempo sin tecnología, sin medicina digna de este nombre, sin seguros, sin ayuda social organizada... toda la esperanza estaba puesta en la bondad de otro mundo que tuviera poder sobre éste para salvar aquello en lo que cualquier otro poder humano fracasaba. En cualquier sacristía antigua se encuentran reliquias en gran abundancia, a menudo con un certificado de su autenticidad, aun cuando se trate de una pluma del Espíritu Santo, o de una gota de leche de la Madre de Dios, o de una de las muchas cabezas de Juan Bautista. Pero entretanto las reliquias han perdido todo su prestigio.

Tampoco queda mucho de la veneración de los santos. ¿A dónde se fueron las muchas hermandades de los santos, o su fiestas, o las peregrinaciones a sus santuarios, en los que se los invocaba para todo tipo de enfermedades de animales y de humanos? Quedan sólo restos escuálidos. Es cierto que hay todavía un número notable de santuarios marianos. Pero pocos son los antiguos intercesores que gozan todavía de numerosas visitas, como Santa Rita o San Antonio, o los nuevos como el Padre Pío. El día de Todos los Santos por la mañana las iglesias no están llenas ni hasta la mitad, pero desde pasado el mediodía comienza el recuerdo de las almas del purgatorio, y allí se llenan los cementerios. Los muertos en sus tumbas son claramente más importantes que los santos en su cielo.

Un nuevo papel

Por más que el culto de los santos intercesores y patronos viene retrocediendo desde hace décadas, el Papa Wojtyła puso un celo inquebrantable en seguir agregando nuevos beatos y santos a los coros celestiales. Como si el lema romano fuera: «a falta de demanda, aumentemos la oferta». Pero tampoco en Roma se piensa en levantar de esta manera la demanda decreciente. También allí se ha visto que los santos han cambiado de urgencia su papel antiguo de intercesores por uno nuevo. Ahora deben servir como ejemplos y modelos. También lo eran antes, pero esta función debe pasar al primer plano en el futuro, para llegar a ser casi exclusiva. Al canonizar o beatificar a alguien, todo el peso de la más alta autoridad de la Iglesia se emplea en presentar una cierta espiritualidad o forma de vida como la más digna de admiración. En este sentido, una canonización tiene algo de un título de propaganda: «¡Creyentes de todo el mundo, pensad y actuad como ellos!»

Pero, ¿deberíamos pensar y actuar como el Papa Pío IX con su tozuda resistencia contra los derechos humanos y la democracia? ¿O como el Papa Pío X, quien favoreció la persecución y condenación de los así llamados modernistas al prestar oído a denuncias anónimas, tergiversaciones malévolas y sospechas mentirosas? ¿O como el Marqués Escrivá de Balaguer y su espiritualidad, muy condicionada por el tiempo, representada por el Opus Dei? Felizmente, junto con ellos fueron canonizadas y presentadas también como modelos figuras como Don Bosco, Maximiliano Kolbe o la Madre Teresa.

¿Ayuda desde otro mundo?

Para garantizar la confiabilidad de tal decisión eclesiástica, el otro mundo tiene que apresurarse a colaborar, pues debe venir un signo del cielo, aun cuando frente a esta palabra comienzan

a parpadear las luces de advertencias de versículos de la Sagrada Escritura como Mt 12,38-39 o 1 Cor 1,22. El milagro funge como el sello oficial de la cancillería celestial. No hay canonización de santo sin milagro, uno para un mártir, dos para un confesor. Estos milagros cuentan entonces como inapelables confirmaciones celestiales de que el señor o la señora en cuestión se ha establecido ya, aunque sin cuerpo, en los campos celestiales. Parece que, en el caso de un confesor, no bastara como garantía celestial uno solo de tales signos. El cielo debe decirlo dos veces. Así lo quiere la autoridad vaticana. No se necesita más para aclarar el carácter heterónomo del proceso de canonización de los santos.

Signos como los de sol, luna y estrellas, de los que habla Mt 24,29, no son considerados como milagros. Se exige que sean curaciones verificadas científicamente por médicos como inexplicables. Se pierde de vista entretanto que cualquier proceso intramundano tiene causas intramundanas, aunque no sea posible conocerlas por ahora. En este contexto merece considerarse que en la Sagrada escritura la mayor parte de las curaciones milagrosas tienen lugar en un contexto de fe. Según Mt 13,58 Jesús no logra hacer ningún milagro en Nazaret, porque no hay allí quien crea en él. Y a menudo se termina un relato de curación en los evangelios con la palabra de Jesús: «Tu fe te ha salvado (o curado)». Esta fe es en cualquier caso un proceso psicológico, trátese de la adhesión existencial al Mesías Jesús, incluyendo la prontitud para seguirlo, o la confianza en que él puede y quizás quiere curar. Y siendo así, la psicósomática tiene algo que decir allí en cuanto ciencia que indica el influjo de las situaciones psíquicas en el organismo. Aunque no sepamos de qué manera tiene lugar este influjo, de todas maneras estamos allí en presencia del final de una larga cadena de explicaciones, cuya otra punta es la curación. Las curaciones de Lourdes o Medjugorje suceden siempre en un clima de fe que conmueve los sentimientos con más fuerza por ser colectivo.

Pero también otras curaciones mediante llamados a santos potenciales, no canonizados aún, presuponen un vínculo emocional entre una persona necesitada y alguien de quien esa persona espera que lo va a ayudar.

Volviendo a las canonizaciones. ¿No está Roma sobrevalorando su importancia? Como acontecimientos mediáticos son insuperables. Pero, figuras como la Madre Teresa, u Óscar Romero, o Hélder Câmara, o Martín Luther King... ¿necesitan una declaración solemne del Vaticano para que los admiremos? Un creyente moderno lo hace de todas maneras. El así llamado «honor de los altares» (casi nadie va

a entender este lenguaje en el siglo XXI) no cambia nada en nuestra relación con ellos. Y si la canonización de personas de tan alto rango tiene como objetivo despertar su seguimiento, está lloviendo sobre mojado. Porque admirar a alguien es un acto que implica compromiso. La admiración trae consigo -de manera tal vez al menos inconsciente- un aire de seguimiento.

Y también: no hay seguimiento sin admiración. Pero, ¿cómo se puede admirar a alguien y seguirlo si no se ha oído hablar de su persona? ¿Y cómo celebrar a tal persona? Esto muestra a las claras el sinsentido de un calendario litúrgico que prescribe un desconocido ilustre diariamente para la veneración del pueblo de Dios, incluyendo normas precisas por parte de las oficinas romanas responsables acerca de lo que se debe hacer u omitir en cada festividad. Hay que reconocer una utilidad a esta oficina del Vaticano, como también a la de las canonizaciones, y a muchas otras, conocidas o menos conocidas: crean lugares de trabajo.